



Sociológica, año 14, número 40,
Perspectivas contemporáneas en
la teoría social
Mayo-agosto de 1999

In memoriam. **El legado sociológico de Niklas Luhmann***

*Javier Torres Nafarrate***

RESUMEN

Con afanes puramente didácticos, en este artículo se recurre a tres grandes analogías para que se sopesen la importancia de la teoría sociológica de Niklas Luhmann. La primera analogía se establece con la formalización de las matemáticas intentada por David Hilbert. La segunda, con el desarrollo discursivo de Freud sobre la dinámica de la personalidad. La tercera, con los grandes axiomas de la física moderna. El resultado: un artículo en donde se pone de manifiesto, en palabras del joven sociólogo Jorge Galindo Monteagudo, que (gracias a Luhmann, entre otros), la “sociología ya no está en el rol de una ciencia aprendiz, sino en el de una disciplina capaz de hacer importantes aportes a todas las demás ciencias”.

* Niklas Luhmann murió el 6 de noviembre de 1998, escasamente un mes antes de que cumpliera 71 años. Sus hijos (Verónica, Georg y Clemens) decidieron que la ceremonia luctuosa se celebrara en el círculo exclusivo de la familia, por lo que la noticia oficial de su muerte, en los medios de comunicación, no apareció hasta días después. El 8 de diciembre (día en que habría cumplido 71 años), la Universidad de Bielefeld, asiento de su carrera académica, le rindió un homenaje. Sobresale en esta memoria el reconocimiento del rector de que la institución no supo, en vida, reconocer toda la grandeza del pensador y que la Universidad estaba ahora, después de su muerte, resuelta a crear un instituto dedicado a la fundación del archivo Luhmann y a la investigación y propagación de su obra. Sobresale también la oración fúnebre leída por Raffaele de Giorgi en la que, utilizando palabras de Borges, el profesor italiano expresó su imagen devota del amigo: “Me pareció monumental como el bronce, más antiguo que Egipto, anterior a las profecías y a las pirámides. Pensé que cada una de mis palabras (que cada uno de mis gestos) perduraría en su implacable memoria; me entorpeció el temor de multiplicar ademanes inútiles”.

** Profesor del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana.

“En la actualidad la sociología es todavía demasiado poco teórica, demasiado poco abstracta”
(Luhmann, 1985: 10)

I. El estatuto científico de la sociología luhmanniana¹

Es sabido que la propuesta sociológica de Niklas Luhmann tiene un componente altamente teórico. Un escrito, como éste, que pretende ser una aclaración sumaria sobre el estatuto disciplinario de la oferta teórica de Luhmann, debe dejar en claro el porqué de esta “huida” hacia el mundo de la abstracción.

El pensamiento de Luhmann debe su gran temple a que posee una estructura que se apoya en un conjunto de esquemas conceptuales totalmente entrelazados. Esta estructuración sistemática, que le da una notable cohesión a sus escritos, permite tratar el mundo de lo social (y de cualquier cosa contingente que allí aparezca) no mediante un conjunto de representaciones desperdigadas e inconexas, sino a través de un esquema ordenador que constituye una unidad, un todo.

Puede resultar útil, con afanes puramente didácticos, establecer una analogía y comparar la propuesta de la prueba de consistencia absoluta de Hilbert en las matemáticas con la sociología de Luhmann. Lo que Luhmann intenta en el campo de la sociología es la completa *formalización* de la disciplina. Esto implica vaciar de todo significado las expresiones que se hallan articuladas dentro del sistema, también llamado cálculo. Toda expresión básica del cálculo deberá ser considerada aquí como signo vacío. Pues bien, esta mira es equiparable a lo que en el campo de las matemáticas se formula así: “La finalidad de este procedimiento estriba en construir un sistema de signos (llamado cálculo) que no oculte nada y que solamente contenga lo que expresamente se encuentre puesto en él” (Nagel y Newman, 1981: 43).

Así, la sociología de Luhmann propone un cálculo que, al ser capaz de contener todo el fenómeno social, “no oculte nada y que sólo contenga lo que expresamente se encuentre puesto en él”. Para la sociología esta formalización es posible si se toma como base, en calidad de sistemas de signos, la comunicación. Toda la obra de Luhmann puede ser catalogada como variaciones sin fin de la fórmula compacta: la comunicación es un cálculo. Y para que éste muestre su propia consisten-

¹ La versión original de este artículo apareció en la revista *Historia y Grafía*, 1999, núm. 12. México: Universidad Iberoamericana. Esta es una segunda versión que incluye las modificaciones de formato y aumento de contenido sugeridas por los dictaminadores de *Sociológica*.

cia, habrá que formalizarlo. Cuando se logra formalizar el cálculo de la comunicación quedan a la vista las relaciones que hay entre las proposiciones. Se aprecian, además, los nódulos que configuran las diversas formas de comunicación (que en el cálculo carecen de sentido normativo), y se observa cómo estas estructuras se combinan, se alojan, se paradójizan y se desparadojizan.

En un primer momento una teoría sustentada sólo en formas “carentes de sentido normativo” no afirma nada: es simplemente el diseño abstracto de un cálculo que se ha estructurado de determinada manera. Sin embargo, en un segundo momento, es perfectamente posible describir las configuraciones de un sistema así y formular declaraciones acerca del mismo. No obstante, siguiendo a Hilbert, debe decirse que tales declaraciones no pertenecen a dicho sistema, sino que se trata de lo que él denomina metasistema: un lenguaje que discurre acerca del sistema. En otros términos, el sistema formal construido por Luhmann pertenece al campo de la sociología; la descripción, discusión y teorización que realiza en torno a los sistemas sociales constituirán una especie de metateoría: una teoría de la teoría. El valor de esta distinción empleada por Luhmann (formalización/descripción de tal formalización) consiste en que da pie para llevar a cabo una minuciosa codificación de las diversas operaciones que entran en la composición del cálculo formal, sin que interfieran suposiciones engañosas ni consignas sociales preconcebidas. Exige, además, disponer de definiciones exactas acerca de las operaciones que conforman los sistemas sociales. Muchas de estas operaciones las han aplicado los sociólogos sin que hayan sido plenamente conscientes de lo que han estado utilizando.

La analogía entre el intento de aportar una prueba de consistencia absoluta en las matemáticas (Hilbert) y lo que pretende Luhmann puede ser extendida. Nagel y Newman, con el fin de esclarecer esta maniobra de la prueba de consistencia, recurren al ejemplo del ajedrez, un juego que obedece a leyes establecidas. Las piezas, sus movimientos y su disposición sobre el tablero son “carentes de significado”, en el sentido de que toda estipulación (o interpretación) ajena a ellos no significa nada que no esté incluido en el juego.

El juego es, pues, análogo a un cálculo matemático formalizado. Las piezas y los escaques del tablero corresponden a los signos elementales del cálculo. En un segundo momento, las posiciones originales de las piezas y las primeras jugadas corresponden a las fórmulas del cálculo, los subsiguientes movimientos de las piezas sobre el tablero pertenecen a las fórmulas derivadas de los axiomas (los teoremas) y, finalmente, las reglas del juego atañen a las reglas de deducción establecidas por el cálculo. Aunque las respectivas situaciones de las piezas

en el tablero (como las fórmulas del cálculo) sean “carentes de significación”, las declaraciones acerca de estas situaciones (como las declaraciones metamatemáticas acerca de las fórmulas) se hallan plenamente dotadas de significado. Una declaración “metaajedrecística puede afirmar que hay veinte movimientos posibles de apertura para las piezas blancas o que, dada una determinada configuración de las piezas sobre el tablero y correspondiendo mover a las blancas, éstas dan mate a las negras en tres jugadas” (Nagel y Newman, 1981: 51 y ss.).

Luhmann captó el núcleo de la cuestión e intentó dotar a la sociología de una prueba de consistencia mediante una distinción similar a la de Hilbert: la de formalización/descripción de esa formalización. En la sociedad, la configuración basal de la comunicación es “carente de significado”; es decir, toda estipulación (o interpretación) de lo social está contenida dentro de la sociedad y no puede haber un significado que provenga fuera de ella. La sociedad implica un cálculo autocontenido y por eso es posible proponer su formalización. La comunicación está constituida por estructuras elementales que dan origen al cálculo. Por ejemplo, está el hecho de que la comunicación es un fenómeno radicalmente binario ya que su estructura ultraelemental está traspasada por los símbolos sí/no, aceptación/rechazo, consenso/disenso.

Los códigos de los sistemas sociales son los que permiten las posiciones iniciales de la comunicación: se hablará desde el casillero del amor, de la política, del dinero, del poder... Es decir, los códigos corresponden a las fórmulas iniciales del cálculo. Ahora bien, aunque la comunicación elemental sea “carente de significado”, las declaraciones sobre la situación de la comunicación se encuentran dotadas plenamente de significación. Una declaración metasociológica puede afirmar que una operación económica sólo puede quedar determinada por otra (y sólo por otra) operación económica. Con esto se pueden llegar a establecer teoremas “metasociales” acerca de la autorrealización operativa de la comunicación, independientemente de lo que constituya el propósito semántico de la comunicación. El intento de formalizar la sociología conduce necesariamente al análisis de la operación misma del cálculo y no se detiene en lo que la teoría o el autor de la teoría consideran que efectúan. Por tanto, la formalización reduce el significado de los conceptos sociológicos y sólo se deja guiar por el sentido que se desprende de la operación misma —por ejemplo, si la justicia en el derecho es inicialmente una forma, se interroga cómo es que llega a ser norma.

En la filosofía de la ciencia existe un contexto de este operacionismo. P. W. Bridgman elabora toda su teoría de la ciencia alrededor de la fórmula: reducir los conceptos a operaciones. No hay ningún dato que indique que Luhmann tomó en cuenta para su teoría la conceptualización de Bridgman. En cambio, sí está perfectamente registrado que Luhmann

toma como punto de partida el operacionismo de Spencer Brown.² Al intentar discernir la operación que está detrás del álgebra de Boole, George Spencer Brown da con un solo tipo de operador a partir del cual desarrolla todo el cálculo, formalizado en signos, del álgebra booleana. El operador único que encuentra Spencer Brown se expresa mediante el siguiente símbolo: \dashv . Todo cálculo matemático empieza por introducir una distinción, por ejemplo, sumar. Esto se indicará con el símbolo: — . Pero esta distinción es, a la vez, indicador de que “afuera” hay algo más que, por lo pronto, tendrá que ser dejado de lado: $|$. El pensamiento operacionista integral de Spencer Brown afirma, entonces, mediante este símbolo \dashv :

1. Que es una distinción lo que da inicio al cálculo
2. Que la distinción es *una unidad que automática y paradójicamente se desdobra en una diferencia*
3. Que la unidad de la distinción obliga a trabajar sólo con un tipo de operador, por lo que necesariamente deja en las afueras otros operadores y
4. Que esta dinámica operacional es el sustento universal de toda construcción de formas

Este modelo fue especialmente atractivo para Luhmann porque le ofrecía a la disciplina sociológica la esperanza de identificar el tipo de operador que hace posibles todos los sistemas sociales, por más complejos que se hayan vuelto en el transcurso de la evolución: interacción, organizaciones, sociedades. Todo lo que existe y se puede designar como social consta —desde el punto de vista de una construcción teórica fundamentada en la operación— de un mismo impulso y de un mismo tipo de acontecimiento: la comunicación. No hay en el ámbito social una multiplicidad de alternativas para escoger de entre ellas la operación que defina lo social. La comunicación es el único fenómeno que cumple con los requisitos de ser un tipo fundacional de operación:

² George Spencer Brown, matemático inglés. La publicación de su libro *Laws of Form* (1969) fue reconocida por el físico Heinz von Foerster, mediante una reseña muy laudatoria. El texto de este libro se ocupa de la presentación de un cálculo prematemático en el que se trata de reducir el álgebra de dos valores de Boole a un único cálculo de operación, que en la transformación de sus propios signos requiere tiempo. Esta investigación acaba por mostrar las formas básicas que subyacen a las leyes lingüísticas, matemáticas y físicas. Ello da pie a una teoría de alcance universal expresada con extrema elegancia y un formalismo de gran simplicidad. Spencer Brown se ha desprendido de las distinciones clásicas que acompañaban a la teoría de la forma (forma/materia; forma/contenido; forma/fondo), para construir sobre ella una metateoría. Luhmann piensa que la comunicación —aun la más simple— realiza permanentemente ese cálculo meta-teórico.

un sistema social surge cuando la comunicación desarrolla más comunicación a partir de la misma comunicación.

Conciencia/comunicación

Occidente encontró en el concepto de *conciencia* el sitio privilegiado de descarga de todos los despliegues y maniobras del pensamiento. La conciencia, al menos hasta Husserl, fue el descubrimiento del fenómeno más asombroso que pudiera servir de fundamento a los procesos cognitivos. Gracias a la conciencia el ser humano puede reconocer lo esencial de las cosas. En un texto muy célebre de Ortega³ se lee:

La gigantesca innovación entre ese tiempo y el nuestro ha sido la *fenomenología* de Husserl. De pronto, el mundo se cuajó y empezó a rezumar sentido por todos los poros. Los poros son las cosas, todas las cosas, las lejanas y solemnes, lo mismo que las humildes y las más próximas. Cada una de éstas comenzó tranquila y resueltamente a ser lo que era, a tener un modo determinado e inalterable de ser y comportarse, a poseer una “esencia”, a consistir en algo fijo o, como yo digo, a tener consistencia (Ortega y Gasset, 1983: 509-510).

No fue sino hasta Wittgenstein, con la filosofía del lenguaje, que el sitio exclusivo de descarga de la conciencia se hizo añicos. El adagio de esta filosofía se consume en la fórmula: la conciencia es lingüística. Hay que sopesar este salto tan notable en la reflexión sobre el fundamento de los procesos cognitivos para valorar con toda justeza la propuesta de Luhmann:

En oposición a los filósofos del lenguaje, que con frecuencia creen que el lenguaje es un sistema —y en ocasiones inclusive creen que es el único sistema para la coordinación de relaciones vitales—, para el análisis que aquí presentamos resulta decisivo considerar el lenguaje simplemente como un medio que hace posible él solo la constitución de sistemas en la esfera de la conciencia y de la comunicación, al hacer posible el acoplamiento estructural de estos dos tipos de sistema. Pero

³ El concepto de conciencia está tomado aquí en su triple acepción: 1) como conciencia de los individuos, 2) como subjetividad y 3) como unidad trascendental de sujeto y objeto. Es claro que la filosofía de la conciencia no es obra exclusiva de Husserl, y es discutible si Ortega es su mejor exponente. Ambos se encuentran citados aquí sólo como síntesis representativa: Husserl, por llevar contemporáneamente los análisis de la fenomenología de la conciencia a una cima; Ortega, porque ese pasaje lo utilizan con frecuencia los manuales de introducción al pensamiento de Husserl, y además, porque en palabras de su hija Soledad, Ortega “viene a sacudir con nuevas ideas y oratoria excepcionalmente bella y precisa los cerebros de un público también nuevo y alerta” (López de la Vieja, 1997: 16).



esto significa que también debemos tomar ahora como concepto fundamental no al lenguaje, sino a la comunicación (Luhmann, 1996: 43).

La comunicación —en este momento definida como el proceso social de dotación de sentido— tiene la peculiaridad de ser una forma (Spencer Brown) que se autodesenvuelve. Los seres humanos están acoplados estructuralmente a la comunicación por medio de sus conciencias, y es mediante este mecanismo de acoplamiento como los individuos ponen en movimiento el proceso de autodesarrollo de la comunicación.

Para que se lleve a cabo el acoplamiento de las conciencias con la comunicación debe haber un medio: el lenguaje. El lenguaje sólo sirve para promover la generalización simbólica del sentido, que lo precede. En esta dirección, el lenguaje se desenvuelve como una técnica (como lo sería la radio, la televisión, la computadora) sobre la que campea el sentido, que es prelingüístico.

Entre conciencia y comunicación se da un juego singular y altamente complejo. Se trata de dos tipos de operaciones distintas, que se estimulan mutuamente pero que no se determinan (no se afectan internamente en lo más mínimo), por la simple razón de que pertenecen a frecuencias diversas. Es evidente que estos órdenes diversos pueden establecer puentes para salvar esa distancia infranqueable. Pero debe quedar asentado que estos puentes son sólo eso: puentes, interdependencias, prestaciones mutuas, arreglos deliberados. Las operaciones, por el mismo hecho de mantener el control por medio del cual negocian las interdependencias, ponen de manifiesto que son autónomas.

Nada es comunicable

“El hecho es que soy único. No me interesa lo que un hombre pueda transmitir a otro hombre; como el filósofo, pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura” (Borges, 1998: 78). Este principio —a saber, que nada del individuo es comunicable—, llevado al extremo merced a la fuerza literaria de Borges, es totalmente coincidente con la sociología de Luhmann. El orden de la conciencia y de la experiencia interior del ser humano es radicalmente incomunicable:

Este hecho [se refiere a la figura semántica del sujeto], observable ya en los animales, no tiene nada en principio que ver con la comunicación. Precisamente por ello, podemos decir que *la conciencia posee una peculiaridad insalvable para la comunicación en la percepción, es decir, en la imaginación intuitiva*. La percepción misma no es comunicable, porque sólo la comunicación es comunicable (Luhmann, 1996: 20).

Por eso, debe quedar consignado con claridad que la sociedad —es decir, la comunicación— es un orden emergente que no coincide punto por punto con la conciencia y todo aquello que se refiera a la insondable profundidad de la interioridad del ser humano. En otras palabras, la sociedad comienza excluyendo conscientemente su papel de llegar a ser el ámbito de máxima autorrealización del ser humano a través del otro. Esta exclusión se desarrolla de manera metódica en virtud de la misma limitación estructural de la comunicación.

Puesto que toda comunicación está estructuralmente autolimitada por sus posibilidades inherentes, el saber de la sociología no es existencialmente relativo al ser humano, ni a sus posibles valores. Para la sociología, los criterios decisivos son, en primer lugar, el criterio de la estructura de la comunicación y, en segundo, el criterio con el que se observa cómo se desarrolla el mecanismo de exclusión/inclusión del ser humano. En ese sentido, la sociología posee una estructura, un conjunto de esquemas que constituyen la unidad de estilo de la disciplina y que sirven para articular, en una unidad, todo lo que se lleva a efecto a través de la operación de la comunicación.

Así, la comunicación se instaure como un proceso emergente en el proceso de la civilización. Los seres humanos se hacen dependientes de este sistema emergente de orden superior, cuyas características les permiten elegir los contactos que deseen tener con otros seres humanos. Este sistema de orden superior es el sistema de comunicación llamado sociedad:

Partiendo de estas premisas, el desarrollo social que llega hasta nuestros días puede ser comprendido como una *ampliación de las prestaciones comunicativas* —pero no como una ampliación del hombre en el sentido de Rousseau o de Nietzsche— (Luhmann, 1993: 42).

II. Los principios elementales de la comunicación

El principio de reducción de complejidad

La función de la comunicación es lograr que los estímulos indeterminados (en tanto carentes de forma), provenientes de todos los ámbitos del mundo en los que se utiliza el filtro de la conciencia, se transformen en secuencias comprensibles de comunicación. Esta función cumple a la vez con el principio primordial de la sociedad que Luhmann caracteriza con el concepto de *reducción de complejidad*: en otras palabras, la comunicación trata de reducir la cantidad ingente de indeterminación del mundo, para mantenerla en un nivel que permita un constante



aumento de determinación. De este modo se puede atenuar la complejidad elemental del mundo, que se define por su opacidad o intransparencia. En efecto, el mundo se experimenta como inaprehensible, opaco. Gracias a la reducción de complejidad, el mundo se vuelve aprehensible, manipulable. Puede decirse, entonces, que el principio de reducción de complejidad que lleva a efecto la comunicación consiste en evitar la indeterminabilidad del mundo, para hacer posible su aprehensión.

Dicho principio es un caso especial de la tendencia universal de todo sistema (se entienda en este momento lo que se entienda por sistema) a mantener su autonomía frente al entorno. En su constitución más primitiva, la reducción de complejidad es el mecanismo reflejo de la comunicación, que descarga, mediante el empleo de formas, cualquier concitación (incitación, suscitación, irritación o estímulo) que se filtre por la conciencia de los seres humanos. Si todas las percepciones que ocurren en la conciencia aparecieran inmediatamente determinadas y, por tanto, pudieran ser aprehendidas intuitivamente (intuicionismo), no habría ninguna necesidad de desarrollar la comunicación en un plano colocado más allá de los límites de la conciencia. Lo que ocurre, en cambio, es que la experiencia interior del ser humano (por naturaleza informe) ha de ser transportada a otro campo operativo, el de la comunicación; de lo contrario, este tipo de estímulos internos se perderían sin provocar ningún efecto social.

El proceso primario de la comunicación opera creando, por así decirlo, una ilusión óptica: la de que existe igualdad con la *identidad de la percepción*. Al hablar de identidad de la percepción se quiere significar que la comunicación considera el signo comunicativo como algo que verdaderamente corresponde a la percepción de la conciencia. En otras palabras, la comunicación no puede distinguir entre condiciones de posibilidad de existencia y condiciones de conocimiento de las percepciones de la conciencia. Si no fuera por este proceso primario de la comunicación, las personas perderían todo sentido de la realidad (al fin y al cabo es el Sol el que sigue dando vueltas sobre la Tierra...).

Luhmann habla de esta constitución primaria de la comunicación como si se tratara del verdadero sustrato de la realidad social, y cree que las experiencias sociales de comunicación que se repiten a través del tiempo son depósitos permanentes de esta estructura primitiva. En su forma constitutiva basal, definida como cálculo, la comunicación no siente, no posee conciencia, no valora, no discrimina; no es ni buena ni mala para el ser humano, sino que representa simplemente un suceso ciego, desprovisto de sentidos y de rumbo. Considerada en su estado ultraelemental, integra el mundo social que existe previamente al momento en que el individuo o los grupos humanos optan por introducir en ella valores, sentimientos, discriminaciones. Esta constitución

primaria de la comunicación es el fundamento sobre el cual se edifica la sociedad. Dado que su conformación estructural no tolera lo absoluto y lo definitivo, la comunicación conserva su carácter azaroso (por tanto, pleno de riesgo) durante toda la vida. Es poderosa porque posee el poder mágico de traducir todas las realidades en comunicación; es oceánica, como el mar, porque lo contiene todo: no reconoce nada exterior a sí misma.

Luhmann reconoce que la estructura elemental de la comunicación es la parte oscura y prácticamente inaccesible, como totalidad, de la sociedad. Lo poco que se sabe de aquélla se ha aprendido de los fenómenos sociales modernos más notables: la racionalidad como barbarie de la exclusión, el conflicto, la moral y sus dilemas...

El principio de autonomía

El proceso mediante el cual la comunicación reduce la complejidad del mundo no es, en consecuencia, suficiente para alcanzar los grandes fines evolutivos de la sociedad. De la pura reducción de complejidad no se explicarían el poder, la economía, el arte, la religión. Al principio de reducción de complejidad se superpone el de autonomía. La comunicación no está gobernada sólo por el principio de transformar lo inaprehensible en aprehensible, sino por el principio de mantener estable su propia manera de operar, esto es, su condición misma de comunicación. Autonomía significa la superación de la correspondencia punto-por-punto con respecto al entorno. La finalidad del principio de autonomía es que la comunicación demore lo más posible la adaptación a la realidad. En ese sentido, si la comunicación está previamente adaptada al entorno (o no existiera), hacia el interior del radio de acción que así se le confiere tiene todas las posibilidades de comportarse de un modo no adaptado.

El principio de autonomía tiene a su servicio un *proceso secundario* que se desarrolla posteriormente y se superpone al proceso primario de la comunicación. El proceso secundario consiste en producir realidades de comunicación que sean totalmente improbables, ello si se las considera desde el punto de vista de una evolución estrictamente lógica y racional. Cumple lo que el proceso primario es incapaz de hacer: separarse de la realidad para construir definitivamente una realidad virtual.

La instauración del principio de autonomía, el funcionamiento del proceso secundario y el papel significativo que adquiere el mundo virtual de la comunicación estimulan el desarrollo y la elaboración de todos los procesos comunicativos de la sociedad.



Consignemos tres ejemplos. Primero, el sistema de la ciencia desarrolla cada vez facultades más finas de recombinación de sus propios datos, porque no queda atado a la fidelidad de una percepción precisa del mundo externo. La ciencia aprende a examinar rápidamente, del cúmulo de estímulos, sólo aquellas características que son pertinentes para su propio proceso de construcción de realidad. Segundo, la memoria de la sociedad se hace tan extensiva que deja atrás, a años luz, la memoria que depende de la configuración psíquica propia de las sociedades tribales. Y tercero, el amor:

Existen necesariamente formas sociales y culturales —así como complejos lenguajes que las articulan— que hacen aceptables, reconducen y, a la vez, enmascaran las inevitables e incluso esclavizantes determinaciones biológicas y comunitarias... A eso es a lo que llamamos el “mito del amor”, una curiosa institución que tiene apenas unos cuantos siglos de existencia y cuyo prestigio parece haber alcanzado en nuestros días un imperio jamás visto (Alcántara Pohls, 1998).

En general, esa des-adaptación de la comunicación permite poner en juego configuraciones sociales cada vez más complejas, sin que sea posible comprobar que éstas estén orientadas hacia la felicidad de los seres humanos. La comunicación (una vez des-adaptada) deja el camino libre para la construcción de la realidad ficticia. Las fantasías de la comunicación colocan al mundo frente a la posibilidad de que la realidad pueda ser también de otra manera (por ejemplo, la plasmada en el arte).

El principio de aumento de complejidad

Porque la comunicación reduce la complejidad y se crea para sí un nicho de autonomía, introduce una realidad que no es la “realidad objetiva”. Produce su propio tiempo y todas las indeterminaciones que se creen en su interior se irán solucionando en la sucesión de operaciones que ella realiza. La representación del mundo que se logra con la comunicación nunca corresponde a la representación objetiva del mundo tal como es en un momento dado. La comunicación crea un estado imaginario en el que se desvanece la distinción entre el mundo tal como es y el mundo tal como ella lo observa y describe.

El resultado de todo esto es que la comunicación construye su propia complejidad. De tal suerte, la reducción de complejidad conduce necesariamente, de manera circular, al aumento de complejidad. La estructura de la comunicación es menos compleja, cuantitativamente, que toda la complejidad del mundo. Y esto por la simple razón de que en el ho-



rizonte del mundo, además de la determinación de la comunicación, existe la indeterminación de la conciencia. En todo hecho social asoman, por lo menos, dos niveles de realidad: a) uno que puede ser procesado y que en términos de atribución se le adjudica a la comunicación; b) otro que siempre permanece como excedente, como una especie de cuerpo negro, de asombro, de vaguedad infinita, de trascendencia intransparente, que acompaña a todo lo que el ser humano realiza en sociedad. Entre la infinitud de la conciencia y los límites estructurales de la comunicación existe un gradiente de realidad: la comunicación está capacitada sólo para procesar determinados componentes de lo real y, por eso, se la ha definido técnicamente como *reducción de complejidad*.

Sin embargo, cualitativamente la comunicación puede ser más intrincada que todo lo que se concite en el mundo circundante, ya que gracias a la forma específica como construye esquemas progresivamente complejos, compensa las ventajas que en materia de complejidad tiene el mundo. Se podría afirmar, aunque esto evoque a Hegel, que la comunicación reduce la complejidad cuantitativa, pero al hacerlo aumenta para su propio beneficio la complejidad cualitativa. Surge, así, necesariamente un gradiente de complejidad entre mundo y comunicación. La comunicación afirma su propia consistencia en la medida en que aprehende y domina operativamente el fragmento de mundo que es efectivamente relevante para la conservación de su propio patrimonio de autonomía.

El comportamiento de la comunicación puede interpretarse, desde esta perspectiva, no como adaptación o metabolismo, sino más bien como coacción dirigida en especial hacia la preservación de su propia autonomía.

El principio de integración laxa

La cuarta institución fundamental de la comunicación es el principio de integración laxa (*loose coupling*). Todo desarrollo hacia órdenes de mayor complejidad pugna por diversificar sus centros de integración. La comunicación, desde el punto de vista operativo, no aspira a una integración óptima —pero única— de lo social y, con ello, entra en clara contradicción con la ambición de que la moral fuera el principio integrador de la sociedad. La comunicación reemplaza la autoridad moral e internaliza mecanismos de integración de otro orden: *los medios simbólicos de comunicación* (dinero, amor, poder, arte) sustituyen a los ideales y la conciencia moral de la sociedad en calidad de reguladores metacodificados y únicos de toda la sociedad. La sociedad moderna



se autodirige (que no es lo mismo que autocontrolarse) y con ese fin distribuye distintos centros de integración. Por eso se ha caracterizado a la sociedad moderna como heterárquica (no jerárquica), en alusión a la forma en que está organizado el cerebro.

¿A qué finalidad sirve el principio de integración laxa? En primer lugar, a posibilitar que la comunicación aumente en el grado de complejidad. Gracias a que se ha ido agrupando en estructuras cada vez más comprensivas y diferenciadas, se da por eliminado el riesgo de un colapso. La imagen de autocontrol de la sociedad es demasiado simple y conduce a una representación idealizada aunque cínica de la sociedad. El drama de la sociedad moderna es que su verdadera metacodificación está situada en otro lugar y que es precisamente ese proceso metacodificado el que produce efectos ineludibles de exclusión:

La idealización del postulado de la total inclusión de todos los seres humanos en la sociedad hace olvidar los verdaderos problemas. Con la diferenciación funcional del sistema de la sociedad la regulación de la relación de inclusión/exclusión se ha corrido hacia los sistemas de funciones y no existe ya una instancia central a donde estos sistemas de funciones pudieran acudir... Los problemas de exclusión de la actualidad tienen un peso cualitativo muy distinto. Tienen también otra estructura. Son las consecuencias directas de la diferenciación funcional de la sociedad en la medida en que la exclusión adquiere formas específicas cuyos efectos se refuerzan por las formas de desviación y por los *feedbacks* positivos de los mismos sistemas (Luhmann, 1997: 630).

La dinámica de la comunicación

La comunicación es sólo una forma que no tiene propiamente una fuente, una finalidad, un objetivo que residan fuera de ella misma. La finalidad última de esta forma es reproducirse cada vez más complejamente como tal.

Porque la comunicación es sólo una forma puede efectuar desplazamientos con gran fluidez, dado que no es capaz de hacer distinciones precisas y únicas acerca del objeto real: la tendencia elemental de la forma es tratar a los objetos como si fueran iguales a ella (a pesar de las diferencias). Por eso, la comunicación está destinada a deformar la realidad. Al no disponer de un proceso de identificación, en su estado basal no distingue entre imágenes subjetivas y realidad objetiva: observa lo que observa/describe lo que describe. En lugar de que identifique objeto y sujeto o de que considere a la imagen y al objeto real como idénticos, la comunicación erige un mundo interno que no puede nunca quedar armonizado con el entorno. Los adelantos del conocimiento



consistirán, entonces, en convertir las representaciones mentales del mundo en cuadros cada vez más complejos de una realidad que, en el fondo, siempre permanece desconocida.

Como resultado de este proceso de des-identificación, la comunicación produce, pues, cada vez más imágenes que no coinciden con la realidad. Desde esta perspectiva, el pensamiento lógico objetivo es una construcción que se confiere a sí mismo poder de realidad. Surge así, en la historia, el proceso de racionalidad que lucha por sobreponerse a la autorrepresentación de que el fundamento esencial es algo irracional, oscuro, o una especie de simple impulso vital (irracionalismo). Para Luhmann, en cambio, el fundamento del cálculo no es ni racional ni irracional: es sólo la forma omnicomprendensiva que se convierte en condición de posibilidad de que algo se designe posteriormente con la distinción racional/irracional.

Para la comunicación no hay separación entre el sentido y el mundo material. Esta identidad de sentido y objeto —que evidentemente ella se empeña en construir— constituye una especie de identificación primitiva. Todo el proceso posterior de la comunicación consistirá en des-identificar estos dos mundos: sentido y realidad. La separación entre sentido y realidad se produce como resultado de la imposibilidad que experimenta la comunicación de fusionarse con la realidad a través del aprendizaje. Se podría decir que mediante el proceso de *des-identificación* la comunicación libera energía para un desarrollo propio que habrá de permitirle pasar del estadio primitivo a uno socialmente evolucionado. Esta redistribución de energía es un acontecimiento dinámico que tiene gran importancia en su mundo interior. Para calificar la medida en la que se sobrepasa la comunicación primitiva (la que tiende a identificar sentido con realidad) y va ganando fuerza la comunicación social (que se des-identifica de la realidad), se podría afirmar, entonces, que la comunicación está constituida por un proceso autista, en tanto procura la realización de su propio deseo, o la obtención de su propia forma. Sobre esta base de autismo comunicativo, surgen durante la evolución sistemas de autocontrol que tratan de conducir ese repliegue de la comunicación sobre sí misma.

Dicha energía se vuelve más compleja y cada vez más eficiente en la medida en que la comunicación social se apodera del proceso comunicativo, es decir, en la medida en que los individuos (en el proceso de interacción) pierden el control sobre la comunicación. El mundo adquiere nuevos sentidos desde el momento en que ésta, a partir de sí misma, desarrolla más comunicación.

Debe advertirse que no sólo en la evolución del individuo sino también en la evolución cultural existe un alejamiento cada vez más



acentuado con respecto a la naturaleza, y esto debido al desplazamiento de esa energía, que en buena parte tiene que ser utilizada para detener el desarrollo compulsivo de la comunicación: a saber, la voluntad de lograr siempre más, el conseguir dinero, el hacer carrera, la reputación, las cuotas de excelencia, las capacitaciones altamente valoradas. Esta compulsión aparece de manera tan dominante que, como en la evolución, se hace necesario un factor recesivo que le dé sentido a la vida. De este modo, estas fuerzas bloqueadoras de la descarga final de la comunicación les abren el camino al secreto y a la moral. Asimismo, la comunicación invierte mucha energía en proponer su propia idealización. Se trata de un conjunto de ideales que simbolizan la comunicación como igualdad pero que en realidad introducen perspectivas de valor (ideologías) allí donde la igualdad ya no puede expresar la unidad de lo complejo.

Puede decirse que la comunicación es una concepción dinámica que al incrementar la complejidad de las formas que la integran expresa la vida de la sociedad. Prácticamente toda la dinámica social se expresa a través de un proceso de expansión creciente que va encontrando estructuras cada vez más comprensivas de agrupación. Uno de los hechos evidentes de la comunicación es que está en cambio y desarrollo constantes. Estructuralmente, la comunicación se hace más diferenciada y funcionalmente tiende a un aumento de complejidad. Debe quedar claro que aumento de complejidad no quiere decir mayor control sobre su propio proceso de expansión. Quiere decir sólo que las contradicciones fundamentales tienden a distribuirse en diversos módulos sociales de comunicación (sistemas sociales), de tal suerte que la sociedad (la comunicación) no se paraliza por una contradicción dominante y omniabarcadora. Por tanto, el modelo de la comunicación no es un modelo de equilibrio, sino un modelo que sugiere que la perturbación introduce una perspectiva con la que se potencia el sistema llamado sociedad.

La comunicación no es un proceso que tienda al valor de la madurez, sino a la complejidad (que es un puro mecanismo formal). La manera en la que la sociedad se enfrenta a estos obstáculos y trata de superarlos o adaptarse a ellos modela su propio curso.

III. La imagen macro de la sociedad

Toda la obra de Luhmann es un esfuerzo descomunal de abstracción encaminado a mantener el fenómeno comunicativo aislado de todo resquicio psíquico. Esto lo tiene perfectamente localizado Habermas, incluyendo la crítica correspondiente:



Sobre el trasfondo de esta evolución teórica se ve claro qué cargas echa sobre sí la teoría de sistemas al distribuir estas estructuras lingüísticas, que abarcan lo psíquico y lo social, en dos sistemas distintos. Ahora que están más claras las líneas generales de la teoría de Luhmann, se ve también cuántas energías han tenido que gastarse para hacer frente a los problemas derivados de esta sola decisión básica (Habermas, 1989: 446).

El modo de razonar de Luhmann con respecto a la comunicación es muy parecido a la consideración de Freud sobre el *ello*: “El ello no está gobernado por las leyes de la razón o de la lógica y no posee valores, ética o moralidad. Sólo lo impulsa una consideración: obtener satisfacción para las necesidades instintivas, de acuerdo con el principio del placer” (Hall, 1978: 30).

Si la exposición ha sido lo suficientemente clara, entonces se hace comprensible que cuando Luhmann estudia el código del amor exprese: “En este mismo sentido puede decirse que el *medio de comunicación* amor no es en sí mismo un sentimiento, sino un código de comunicación de acuerdo con cuyas reglas se expresan, se forman o se simulan determinados sentimientos” (Luhmann, 1985: 21). Y en otro campo distinto, el del derecho:

La pregunta acerca de la función de derecho se plantea aquí en relación con el sistema de la sociedad. Dicho de otra manera, se trata de ver qué problema de la sociedad es el que se resuelve mediante el proceso de diferenciación de normas específicamente jurídicas y finalmente mediante el proceso de diferenciación de un sistema jurídico específico. Por lo mismo queda excluido, por encima de todo, el planteamiento de preguntas psicológicas y antropológicas (Luhmann, 1993: 124).

Por consiguiente, la teoría social de Luhmann está cimentada sobre el fundamento de que la sociedad es pura comunicación. La comunicación constituye un universo autocontenido: un mundo. Esta aseveración deberá entenderse en el sentido utilizado ya por la física: “La condición de contorno del universo es que no tiene ninguna frontera. El universo estaría completamente autocontenido y no se vería afectado por nada que estuviera fuera de él” (Hawking, 1996: 175). La condición de la comunicación para Luhmann presupone esas mismas características:

1) El contorno de la comunicación no tiene ninguna frontera. Así lo formula él:

Nosotros introducimos aquí el concepto de *sociedad*. Así, la sociedad es el concepto social más amplio, incluye todo lo social y, por consiguiente, no conoce ningún



entorno social. Si se agregan factores sociales, si surgen interlocutores de comunicación novedosos, la sociedad crece, pues esos factores arraigan en la sociedad, no pueden ser externalizados ni tratarse como una cosa de su entorno, ya que todo lo que es comunicación es sociedad. La sociedad es el único sistema social en que surge este particular fenómeno, que tiene consecuencias enormes en lo que respecta a la teoría social (Luhmann, 1998: 366).

2) Al estar completamente autocontenida, la comunicación no puede verse afectada por nada que esté fuera de ella. Para llegar a esta afirmación, que se efectúa en contra de la certidumbre —arraigada en la vida ordinaria— de que son los seres humanos los que modifican la comunicación, Luhmann tiene que echar mano de un instrumental teórico superrefinado.

En virtud de esta decisión teórica de acuerdo con la cual la sociedad es pura comunicación, Luhmann tiene que ajustar toda la teoría social a dicho presupuesto. La sociedad es una red inmensa de comunicación, una red universal. La comunicación es una evidencia mucho más abarcadora que el solo lenguaje, aunque el lenguaje sea el acontecimiento evolutivo más brillante de la comunicación. Para sensibilizarse acerca de la amplitud del campo designado por la comunicación se puede recurrir a la terminología empleada por la escuela de Palo Alto de comunicación digital y analógica. La comunicación digital se refiere al lenguaje verbal; la comunicación analógica incluye la kinesia, así como “la postura, los gestos, la expresión facial, la inflexión de la voz, la secuencia, el ritmo y la cadencia de las palabras mismas, y cualquier otra manifestación no verbal de que el organismo sea capaz, así como los indicadores comunicacionales que inevitablemente aparecen en cualquier *contexto* en que tiene lugar una interacción” (Watzlawick, Beavin y Jackson, 1989: 63). Y si a esto se le añaden fenómenos mucho más abstractos que en la sociología (Parsons) se han designado como símbolos generalizados —poder, amor, dinero, ley, Dios, salud...—, entonces tenemos una manifestación de dimensiones omniabarcadoras.

Ese fenómeno constituye —como ya se mencionó— un universo autocontenido o, visto desde otra perspectiva, un orden emergente. Emergencia quiere decir, por encima de todo, autonomía. Emergente es un mundo que no coincide punto por punto con las condiciones de posibilidad sobre las que se sustenta y de donde ha surgido. La sociedad, entonces, es un orden emergente que no puede verse afectado por nada que esté fuera de él. La sociedad es el universo de todas las comunicaciones posibles. Ese universo puede ser pensado (de nuevo, en el sentido de la física) en el inicio de su *big bang*, como una comunicación infinitamente pequeña e infinitamente densa que está en expansión. Este proceso —cuya característica más relevante es que el mecanismo mediante

el que se reproduce su operación ha sido clausurado, por lo que nada de fuera lo puede determinar—, se puede explicar recurriendo a la imagen de un desarrollo que se está expandiendo sin temor de que llegue a colapsarse, gracias a que se agrupan estructuras cada más comprensivas al estilo de: sistema solar-galaxias-grupo local. Su traducción sería: sistemas sociales, política, economía, derecho, arte, salud, religión, educación. Se está hablando, pues, de galaxias de comunicación.

La comunicación que realmente prospera, en el sentido de alcanzar el éxito y la comprensión en el marco de la sociedad, es aquella que se conecta con alguno de estos sistemas sociales. Cada sistema social tiene un código propio con el que filtra, procesa y construye comunicación. Por ser, a su vez, códigos de comunicación, éstos tienen la peculiaridad de ser binarios: política: detentación del poder/no detentación del poder; economía: posesión de un valor económico/no posesión de ese valor; derecho: legal/ilegal; ciencia: verdad/no verdad; arte: bello/feo...

*

Nunca podremos estar lo suficientemente seguros de haber encontrado la teoría correcta, ya que desde Gödel, en las matemáticas, existe la convicción de que las teorías no pueden ser demostradas en su totalidad. Pero si la propuesta de Luhmann fuera sociológicamente consistente y nos ayudara a efectuar observaciones que concuerden con la complejidad de la sociedad, podríamos estar razonablemente seguros de que se trata de una teoría aceptable. Ello revolucionaría la comprensión que se tiene por el sentido común acerca de los mecanismos que gobiernan el proceso social.

Bibliografía

- Alcántara Pohls, Juan (1998), *¿Por qué nos gustan las canciones de amor?*, Universidad Iberoamericana (Nuestra Comunidad, 15), México.
- Borges, Jorge Luis (1998), *El Aleph*, Alianza, Madrid.
- Habermas, Jürgen (1989), *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Buenos Aires.
- Hall S., Calvin (1978), *Compendio de psicología freudiana*, Paidós, Buenos Aires.
- Hawking, Stephen (1996), *Historia del tiempo*, Crítica, Barcelona.
- López de la Vieja, Ma. Teresa, ed. (1997), *Política y sociedad en José Ortega y Gasset*, Anthropos, Barcelona.
- Luhmann, Niklas (1985), *El amor como pasión*, Península, Barcelona.



- _____ (1993), *Das Recht der Gesellschaft*, Suhrkamp, Francfort del Main.
- _____ (1993a), *Teoría política en el Estado de bienestar*, Alianza, Madrid.
- _____ (1996), *La Ciencia de la Sociedad*, Anthropos/Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México.
- _____ (1997), *Die Gesellschaft der Gesellschaft*, Suhrkamp, Francfort del Main.
- _____ (1998), *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, Anthropos/ Universidad Iberoamericana /Pontificia Universidad Javeriana, Barcelona.
- Nagel, Ernest y James R. Newman (1981), *El teorema de Gödel*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México.
- Ortega y Gasset, José (1983), *Max Scheler, un embriagado de esencias*, Alianza, Madrid.
- Watzlawick, Paul, Helmich Janet Beavin y D. Don Jackson (1989), *Teoría de la comunicación humana*, Herder, Barcelona.